

tonces las bandas contrarrevolucionarias habian sido desarticuladas en el centro y sur de Angola, y llamó a su gente, la gente vieja de los batallones de I.C.B. del Escambray y de Oriente, y le dijo: "Esta campaña ha terminado." Pero lo bueno es oírle el cuento al propio jefe, y disfrutarlo con alguna botella de algo seco y consistente. Oírle decir que se babeaba como un niño por las noches pensando que se lo desembarcaría a Neto en una jaula de palo. ¿Por qué de palo? Na, dice, y se encoge de hombros. No se por que habría de ser de palo. Pero era así como yo me la imaginaba.

La primera vez que uno escucha algo sobre esto es en la Casa de Olivo, en Luanda, recién llegado de Cuba. Esa voz cascada. Hacía tiempo que uno no la oía. En una pequeña y sofisticada grabadora del equipo cinematográfico de René David, que puso sobre una litera con colchón desnudo — "una entrevista que le hice" —, fue que uno oyo a Tomás mencionar a Jonas Savimbi como un cobarde que iba matando a sus escoltas. La voz no había cambiado, a no ser por crescendo perceptible del jadeo, la respiración cada vez más cortada de un obstinado fumador. Pero era una dicción limpia y animosa la que estaba comprometida en el discurso contra Jonas Savimbi, el enemigo de turno, y contrastaba con el calificativo de viejón proporcionado por el político Munzon.

El encuentro va a producirse en la pista de Menongue, con Tomás acabado de salir del cerco. Uno va a tratar allí, por todos los medios, de guardar la mayor serenidad y control por un antiguo diferendo que podía clasificarse como de orden literario y que él ha titulado *El Caso de la Bronca por Bunder Pacheco*, que es el protagonista de los primeros y únicos cuentos de uno.

—Y así fue, mijo. Se acaba la campaña del Escambray. Y yo estoy estudiando en la Superior de Guerra cuando sale por ahí ese libro tuyo, *Condenados de Condado*. Y me doy una clase de insultada. Y una clase de peleada. Tremenda rona. Y lo que más ruña me da es la Orden número 13. La que yo hice. Porque había sus jueguitos también,

la verdad. En los cercos, una vaca muerta. La confundieron con un bandido. Eso alegaban. ¡Ah, vaquita muerta! Entonces doy la orden. Si este batallón mata una vaca, se la come otro de allá. Pero se ponían de acuerdo. Mata tu una vaca hoy que yo voy a matar la otra después. Terminamos por coger las vacas muertas y dárselas a la población. Y los que mataban vacas, no comían vacas. Y me sacas ahí, en el libro, con la orden y todas esas cosas. Y dices que no soy yo, que Bunder Pacheco no soy yo. La cuestión es que estuvimos peleados como 15 años. Yo no te veía a ti, ni tú me veías a mí. Ni yo quería encontrarte. Peleados.

Más las confesiones al respecto tendrán ocasión mucho tiempo después. Aunque ya uno pueda contarlos. Y tendrán que pasar ocho años y haber regresado los dos, sanos y salvos hace ya mucho tiempo, a La Habana, para que uno le diga al propio Tomás, sobre aquel abrazo a las 11:00 horas del sábado 14 de noviembre de 1981 en la pista brumosa de Menongue, que uno pensó que ya no lo iba a soltar mientras creía firmemente que uno no estaba excitado o que no lo manifestaba, mientras sabía que un viejo y legendario general revolucionario se hallaba al fin en sus brazos. Y él, también mucho tiempo después, va a decirle a uno, pero qué nervioso tú estabas ese día.

Fue un abrazo de verdad, el más verdadero del mundo, fuerte, ostentoso, a todo trapo, bajo la fina llovizna que comenzaba a perjudicar el tiempo sobre el último aeropuerto de las Tierras del Fin del Mundo. Y si él estaba otra vez en el terreno, uno también lo estaba. Y uno lo tenía. Y ya uno no se iba a quedar fuera. Y en prueba de buena voluntad, uno venía armado. El armamento adecuado. Un litro de algo consistente para compartir alrededor de algún fuego. Una botella ilustrada, con su etiqueta negra, que había sobrevivido todo un viaje de nueve horas desde La Habana hasta la isla de Sal y cinco desde la isla de Sal hasta Luanda y luego tres más desde Luanda hasta Menongue. Porque estaba reservada para ese encuentro.